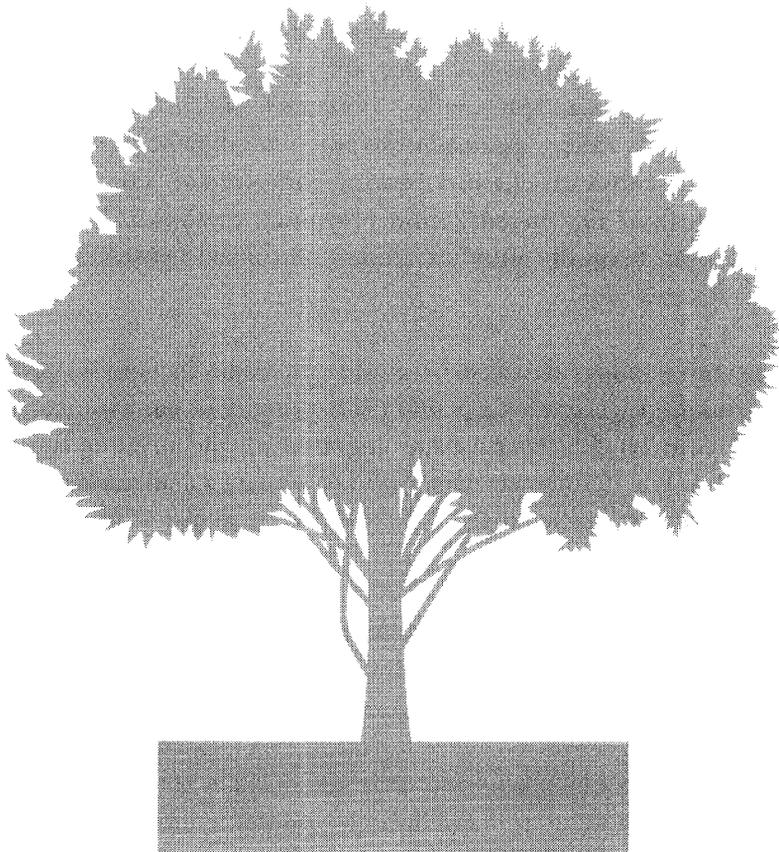


CAPÍTULO X

EL SER, PRINCIPIO
DE LA REALIDAD



1. EN BUSCA DE LO REAL

Vivimos en un mundo real muy diferente de las fantasías que los literatos y los poetas puedan fingir. Justamente llamamos loco a quien no es capaz de distinguir la realidad de la fantasía. Lo consideramos digno de lástima. Sucede que la realidad se nos impone, nos guste o nos disguste. ¿Cuántas veces tenemos que lamentar el habernos equivocado? ¿Cuántas veces la causa del error ha sido considerar real algo que no lo era? El error nos dice con toda claridad que nosotros no inventamos este mundo sino que nos limitamos a seguirlo. Resulta, pues, del todo práctico distinguir lo real y captarlo del modo más objetivo posible. Es decir, tal como es en sí, teniendo en cuenta la debilidad y parcialidad de nuestras facultades.

Como los filósofos quieren conocer lo más íntimamente posible todo lo que investigan, jamás se han conformado con respuestas superficiales, como las que satisfacen a personas menos exigentes, sin la inquietud propia del filósofo. Por lo que, lo que a veces se piensa que es muy simple, después resulta ser bastante complejo.

En el capítulo dedicado a las ciencias, distinguíamos el conocimiento vulgar del científico. Comprobábamos allí que todo científico es reacio a aceptar generalizaciones apresuradas, observaciones incompletas. Aquella piedra botada en la calle y que nada nos interesa, al geólogo puede llamarle la atención y descubrir en ella una enorme complejidad. Lo propio de todo científico es realizar una investigación profunda, metódica. Pero esta labor se puede realizar de modos muy diferentes como nos lo enseñaba el capítulo dedicado a los métodos.

Mas eso no es todo. Además del método empleado, hay que examinar algo más importante aún: el grado de penetración que se debe dar a la investigación. Porque no todas las ciencias procuran lograr el mismo nivel de interioridad de la realidad. Por desconocer esta realidad, muchos han estimado que las ciencias de la naturaleza se reparten la totalidad de lo que se puede investigar y han desahuciado a la filosofía.

Un noble romano llamado Boecio, decapitado por ser católico por el godo Teodorico, que era arriano, iglesia diferente de la católica muy extendida entre los godos desde el siglo tercero, basándose en Aristóteles, distinguió tres tipos de ciencia, según su mayor o menor separación de la materia. A partir de sus conclusiones se han ido precisando cada vez más los grados de penetración en lo real que puede alcanzar la inteligencia, manteniendo siempre la división

tripartita original⁵³.

- *Primer grado* de penetración, llamado técnicamente de *abstracción*, consiste en acercarse a la realidad material que nos presentan los sentidos, sobrepasar la individualidad que los caracteriza para procurar un conocimiento universal, válido para todos los individuos del mismo tipo. De este modo, el biólogo, botánico, geólogo, etc., si bien experimentan con animales, plantas, o lo que sea, individuales, nos darán a conocer las características de las *especies y reinos*; los que, a decir verdad, no existen. Prescinden, pues, de los individuos para enseñarnos *objetos universales* de comprensión intelectual más profunda que la mera observación vulgar que jamás supera el caso individual. Ya vimos que el conocimiento vulgar, cuando generaliza, generalmente se equivoca por no tomar las precauciones debidas. El científico, en cambio, consciente de la dificultad, se prevale de un método que le asegura, dentro de ciertos límites, el éxito. De este modo, por ejemplo, la observación vulgar me dice que Pedro sufre por la fiebre que le aqueja. Le doy una aspirina y se alivia. ¿Puedo aplicarle a Juan el mismo remedio? Tal vez sí, tal vez no. Para estar seguros, se necesita de la investigación metódica y prudente. El biólogo, pues, al penetrar en el interior de Pedro hasta llegar al *hombre* que es, determina en qué consiste la fiebre en sí, que producto químico tiene tal efecto que debe aliviar al *hombre*. Como su conocimiento ha penetrado en el interior de Pedro y llegado al *hombre*, objeto abstracto que no existe tal cual en la realidad, pero que se realiza en Pedro, Juan y Diego, obtendrá una conclusión válida para todos ellos. Por ello los científicos, estudiando los resultados de la investigación de nuestros antepasados, pueden saber mucho más y en menos tiempo que el que se limita a la mera observación del individuo presente. Por esto los científicos prescinden siempre de las características singulares, individuales, las que distinguen a una persona de otra, sin abandonar, sin embargo el nivel material sensible, es decir, comprobable por la experiencia sensorial. Al actuar así no cometen un error ni entran en un mundo de fantasía, sino que penetran en el interior de la realidad. Porque todos los hombres gozamos de la misma organización fundamental, por eso pertenecemos a la misma especie. El conocerla permitirá conocer básicamente a todo ser humano, sin necesidad de conocer su singularidad. Vemos, pues, que los científicos logran conocer mucho mejor el mundo que se ofrece ante nuestros ojos. Porque lo conocen en profundidad: se acercan todo lo posible a la esencia de los entes.

¿Ahí terminan todas las posibilidades de profundizar en la realidad? Así lo creyó Comte, y, por desgracia, muchos científicos creen que esa es la última

53 Maritain, Les Degrés du Savoir. DDB. 8ª ED. 1963. Pág. 71. Este autor se basa en la exposición que realizara Juan de Santo Tomás O.P. (1589-1644).

palabra de la ciencia. En absoluto. Es una hipótesis filosófica reduccionista que no toma en cuenta todos los datos que la realidad nos ofrece. Porque sucede que esos mismos seres materiales que nos presenta la experiencia sensible nos proporcionan experiencias más elevadas.

- *Segundo grado de abstracción*, de penetración como prefiero llamarlo, consiste en despojar a la experiencia sensible de todos los datos que proporcionan los sentidos, es decir, ojos, oídos, nariz, etc., para penetrar en el sustrato común a todos ellos: la cantidad, la extensión. Así pensada, la cantidad no puede existir, como tampoco el hombre universal, porque siempre poseerá un determinado tamaño, grosor, altura, etc., estará provista de un determinado color, olor, sonido, dureza, etc., que podemos experimentar directamente por nuestros sentidos. Estas *cualidades* nos dan a conocer a la cantidad; sin ellas pasaría desapercibida. Sin embargo, esta separación, que eso designa la palabra abstracción, ha sido permitida por la experiencia singular, normal. El científico ha profundizado en ella y ha separado su sustrato, la cantidad. Es fácil comprender que, cuando miro una naranja, puedo separar mentalmente su redondez, volumen o peso de su color, olor o sabor. Está claro que no hay naranja alguna que carezca de tales cualidades de modo que sea exclusivamente redondez y nada más. En ese caso no sería naranja sino esfera. Ahora bien, la esfera no es objeto de conocimiento sensorial sino en cuanto está ligada a un color determinado. Pero yo puede separarlas y quedarme tan solo con la figura geométrica. Y esto lo puedo aplicar a todos los entes que aparecen ante nuestros sentidos. Nace así un grupo de ciencias que sólo remotamente se basa en la experiencia sensible. Está abocada únicamente al estudio de la cantidad abstracta, es decir, separada de las cualidades que la recubren. Hemos penetrado muy íntimamente en el mundo de los cuerpos, hemos prescindido de toda la información que los sentidos nos proporcionan directamente para quedarnos con algo que solo indirectamente les pertenecen: el sustrato cuantitativo. El objeto de estudio de este nuevo tipo de ciencia es a la cantidad despojada de las notas propias de la materia real, de las cualidades, y no tan solo de la singularidad. Nos referimos a las ciencias matemáticas cuyo objeto no existe tal como lo estudia este tipo de ciencia, como tampoco existía el *hombre* estudiado por el biólogo, sino que aparece en un nuevo grado de profundización de la experiencia, bastante difícil de lograr. ¿Acaso no sufrió en su escuela con las matemáticas? Esto se debía a que al ser un paso más en la profundización de la experiencia, es más difícil de lograr, exige mayor madurez intelectual. En geometría, por ejemplo, se estudia el punto, la línea, la superficie. ¿Existen en la realidad tal como las estudia el geómetra? En la experiencia sensible, todo se nos presenta en tres dimensiones; pero el punto carece de ellas, la línea se limita a una y la superficie a dos. En

consecuencia, estamos ante objetos abstractos, es decir que han sido separados de la experiencia sensible; en otros términos, no existen tal y como los piensa el matemático. Con todo, nadie se atreverá a discutir que las matemáticas sean ciencias.

El conocimiento vulgar tiene tendencia a quedarse en el primer grado y cree que allí termina todo conocimiento válido y seguro de la realidad. ¿Acaso no se dice *ver para creer*? Pero solo se ven colores, no universales ni números. Esta sencilla reflexión basta para revelarnos cuán equivocados están. En vez de penetrar en lo real, son incapaces de profundizar en ella y comprender adecuadamente lo que la experiencia sensible les muestra, a pesar de asegurar que le dan todo el crédito que se merece. Porque la inteligencia, no solo es capaz de penetrar en él sino de sobrepasarlo y alcanzar al tercero.

- *El tercer grado de abstracción*, o penetración, consiste en penetrar aún más profundamente en contenido de la experiencia sensible, hasta prescindir por completo de la materia de la que partimos. No solo vamos a prescindir de las peculiaridades individuales de los objetos, como se hace en el primer grado, y de las cualidades sensibles, como se hace en el segundo, sino que también vamos a prescindir del sustrato cuantitativo.

Para algunos, si hacemos tal cosa, nos quedamos con nada. Hemos prescindido de la individualidad de la naranja en el primer grado; hemos prescindido de su color, olor, sabor, en el segundo; ahora nos proponemos dejar de lado su tamaño y su figura. ¿Queda algo? Por supuesto, y mucho. La naranja, además de presentárenos con las características ya señaladas estudiadas por las ciencias de la naturaleza y las matemáticas, se nos ofrece como un objeto, en relación con otros objetos, existente en sí mismo, móvil, etc. Así, pues, después de haber separado todo lo que estudiábamos en el primer y segundo grado, nos quedan muchas preguntas que esas ciencias no han tomado en cuenta. ¿Qué es ser real? ¿Qué es ser objeto? ¿Qué es la relación? ¿Qué es el existir? ¿Hay diferentes modos de existir? ¿Por qué existe algo en vez de nada? Y tantas y tantas preguntas que más adelante irán apareciendo.

Notemos que a medida que pasamos de un grado a otro, nuestro estudio se hace más y más universal. El conocimiento vulgar se limita, o debiera limitarse, a lo singular. En el primer grado, al apartarnos de ello, logramos un saber universal válido para todos los individuos de la misma especie. En el segundo, nuestro saber será apto para regir al universo corporal completo. A esto se debe que las ciencias naturales, en mayor o menor grado, se han ido matematizando. Finalmente, en el tercero, obtenemos una ciencia válida

para absolutamente todos los conocimientos, no importa de qué grado de profundidad sean. Este tercer grado es el propio de la filosofía.

Así, pues, cuando el filósofo se pregunta por la realidad, deberá tener en cuenta que la respuesta será diferente según el grado de penetración que logre el investigador. La historia del pensamiento en la antigua Grecia, nos mostrará, en la aurora de la filosofía, cómo, precisamente, esta gran aventura nació con esta pregunta y cómo, en pocos años, se usaron los tres grados de penetración de lo real.

4.- EL SER Y SUS NOCIONES FUNDAMENTALES

Podemos afirmar que ya Parménides descubrió, aunque no podía darse cuenta de la importancia de su hallazgo por carecer de los conceptos que ahora usamos, que el mayor grado de profundización se alcanza cuando se comprende que lo básico es el ser. El *Filósofo* comprendió que había que organizar la ciencia de ser, que él llamó *Filosofía primera, sabiduría, e, incluso, teología*. Ahora la llamamos *metafísica*. Para estudiarla es necesario adentrarse en el tercer grado de penetración en la experiencia.

Tal vez, quien mejor ha comprendido esta ciencia sea santo Tomás de Aquino. Con su ayuda y la de sus mejores cultores en la actualidad⁵⁹, procuraremos asomarnos al misterio del ser, sin ánimo de alcanzar la cima del saber más difícil de todos, sino de introducirnos brevemente en él e invitar a los que descubran su valor a continuar en la ciencia más alta a que puede entregarse el espíritu humano.

⁵⁹ Me permito recomendar, a modo de ejemplo solamente, al español Antonio Millán Puelles, al francés Etienne Gilson y al italiano Cornelio Fabro.

Así como el color hace visible a los cuerpos y el sonido nos permite oírlos, de la misma manera, el ser los hace *inteligibles*. Como esta palabra no se usa fuera del campo de la filosofía, hemos de aclararla. Así como *visible* es lo que puede ser visto y *audible*, lo que puede ser oído, *inteligible* es lo que puede ser entendido⁶⁰. Por ello la pregunta de la inteligencia es: ¿Qué es esto?

La filosofía primera no se interesa por ningún ente o ser en particular, sino, como toda ciencia, versa sobre lo universal, indaga sobre el *ser*, o, como prefieren algunos, *lo ente*. Toda la realidad, pues, es objeto de su estudio, nada se le escapa, por lo que, todas las ciencias le están subordinadas ya que limitan su estudio a una parte de la realidad total.

Nos preguntábamos qué es la realidad, cuál era su principio y llegábamos a la conclusión de que ésta era sumamente compleja. Como veremos más adelante, ésta es material y espiritual; la material, a su vez, incluye un aspecto material y otro formal, y, finalmente, la realidad nunca agota su potencialidad por lo que nos obliga a distinguir lo que está siendo, el *acto*, de lo que puede ser, la *potencia*. A pesar de lo cual podemos afirmar que sí hay un principio único: todo *es*. Por debajo de toda esa complejidad, o si se prefiere, por encima de ella, todo queda unificado en su carácter de *ser*. Tanto de los cuerpos como de los espíritus, de la materia como de la forma, del acto como de la potencia, podemos decir que *son*.

Alcanzamos el último grado de penetración de la realidad y descubrimos que, efectivamente, hay algo común a todo: todo es. Notemos, eso sí, que no hemos caído en el monismo. Éste pretende que todo es de la misma manera, ya sea como materia, ya sea como idea; en cambio, nosotros consideramos que todo es, pero no de la misma manera. El monismo es una suerte de totalitarismo intelectual en el que se trata de imponer a toda la realidad un solo tipo legítimo. En cambio, desde Aristóteles es necesario reconocer que lo único que hay de común en la realidad es que todo *es*. Esto nos lleva a la siguiente pregunta: ¿Qué es *ser*?

Como hasta las ideas con las que tratamos de responder *son*, se nos aparece con toda evidencia que nada hay más allá de esta realidad. *Ser* es el estrato más profundo de todos. No se puede ir más allá. Si bien, como ya vimos, no se puede definir de modo propio y estricto a estos conceptos fundamentales, al menos podemos describirlos. Siguiendo a Millán Puelles⁶¹, digamos que, en su sentido más radical, *lo ente* designa *lo existente*. Según algunos, ésta sería la

60 *Intelligere*, en latín, conocer, entender, pensar, comprender, saber, darse cuenta...

61 *Fundamentos de Filosofía*. Pág. 430.

contribución más preciada de santo Tomás a la metafísica que la transformó enteramente. Sin embargo, si hay un concepto que apenas barruntamos, es el de *existencia*.

Con él señalamos un cierto *estar fuera*⁶². Lo que aún está en su causa, o en la nada, no existe. Lo que está *fuera de* la causa o de la nada, existe, es. Claro que, propiamente hablando, no se está fuera ni dentro de la nada ni de la causa. La nada no existe; sin embargo, decimos que lo que existe se opone a la nada, es la no-nada, como suelen expresar algunos filósofos. Lo que está en la causa, en cambio, como ésta existe, puede decirse que goza de una existencia posible; es decir, que es posible que comience a existir. Por ser potencia, de algún modo, aunque tenue, participa del ser. Así resulta que lo único que realmente se opone irreductiblemente al ser es la nada. Y como la nada no es, nada se opone al ser y el ser es la realidad por excelencia.

Concluimos, pues, que la máxima realidad de todo lo real es la *existencia*. Si un ente es plenamente ente, será un existir puro, eterno, inmutable; como lo pensaba Parménides. Todo ente que no sea un puro existir, será hasta cierto punto ente, pero no del todo; será un ente que ha recibido su calidad de ente; será un ente limitado en su razón de ente, dependiente de su causa, limitado, finito.

Para comprenderlo mejor, es necesario decir alguna palabra sobre las propiedades del ser o ente. *Propiedad* es aquello que, scvg nin constituir propiamente al concepto que tratamos, dimana de él de modo necesario e inseparable. De este modo, donde se realice el concepto, allí se presentará también la propiedad. Podemos decir que la historicidad es una propiedad del hombre. Ciertamente, en el concepto *hombre*, no incluimos tal característica; pero no puede vivir un hombre real sin ser histórico y depender de su historia.

Lo ente, considerado en sí mismo, se presenta como necesariamente indiviso, es *un ente*, goza de *unidad*, es *uno*. Incluso lo múltiple, tiene que reducirse a algún tipo de unidad para ser. Así, por ejemplo, reunimos a todos los seres vivos que pueblan nuestro planeta en una unidad: *naturaleza*. Así unificamos su pluralidad. La multiplicidad, en consecuencia, denota imperfección; el ente pleno, que no acepta limitación alguna, forzosamente ha de ser único.

Lo ente, considerado en relación a otros, da lugar a varias propiedades. Si

62 Del latín ex sistere. De sisto = mantenerse firme, resistir... y de ex = punto de partida del movimiento, procedencia, origen y, por lo tanto, indica lo que está fuera de...

lo comparamos con la nada, decimos que es *algo*; si lo ponemos en relación con la inteligencia que lo conoce, decimos que es *verdadero*; con la voluntad que lo ama, *bueno*.

Es necesario comprender que se puede existir de varias maneras. De un modo pleno, independiente en su acto de existir, de modo que uno mismo sea el sujeto de su propio existir, entonces el ente se llama *sustancia*; si existe de un modo secundario, adjetivo, derivado, de modo que reciba la existencia de otro del que depende en su existir, se llama *accidente*. Como es el existir el que constituye propiamente al ente, la sustancia es más ser que el accidente. Éste, más que un ser, es de un ser, mero aspecto suyo. Por eso decimos que los sentidos tan solo captan accidentes, aspectos exteriores de las sustancias que pueblan nuestro mundo. Éstas lo son de modo principal, mientras que aquéllos lo son de modo secundario. Sin embargo, cuidado con menospreciar al accidente; tesis que comprenderemos cuando estudiemos la ética.

Hemos dicho que en filosofía se trata de explicar la realidad. Como nuestra inteligencia es incapaz de abarcarla en su totalidad y captarla en un solo golpe de visión, la va descomponiendo en aspectos para así comprenderla mejor. Son los sentidos los que la obligan a tal comportamiento al darle información parcial del objeto presente. No es, pues, una invención de nuestra mente, es tan solo la limitación propia de su imperfección al ser la inteligencia de un animal. Pero esta complejidad es real y lo demuestra la realidad del movimiento. Un ser absolutamente simple es inmóvil.

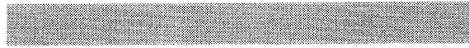
Es importantísimo que nos habituemos a pensar siempre en aspectos que, por supuesto, a menudo no son separables, aunque sean distinguibles. No es lo mismo ser hombre que ser alto. Ser hombre es un modo sustancial de ser; ser alto es un modo accidental de ser. Pero al hombre lo conocemos gracias a su tamaño. Por eso, las variaciones de tamaño no impiden que un hombre siga siendo hombre.

Ocurre aquí algo curioso. Mientras una cosa es ente propiamente por ser sustancia, es buena cuando está completa. Pero los entes están completos cuando gozan de la presencia de todos los accidentes que le competen. Por lo que la bondad la predicamos primeramente de los accidentes y secundariamente de las sustancias; mientras lo contrario ocurre al referirnos a la entidad que predicamos primero de la sustancia y secundariamente de los accidentes. Por eso decíamos que los accidentes no deben ser despreciados. Carecen de existencia propia, es verdad, por lo que dependen de la sustancia para existir; pero, a su vez, le dan a ella su perfección, la completan y la hacen buena. En

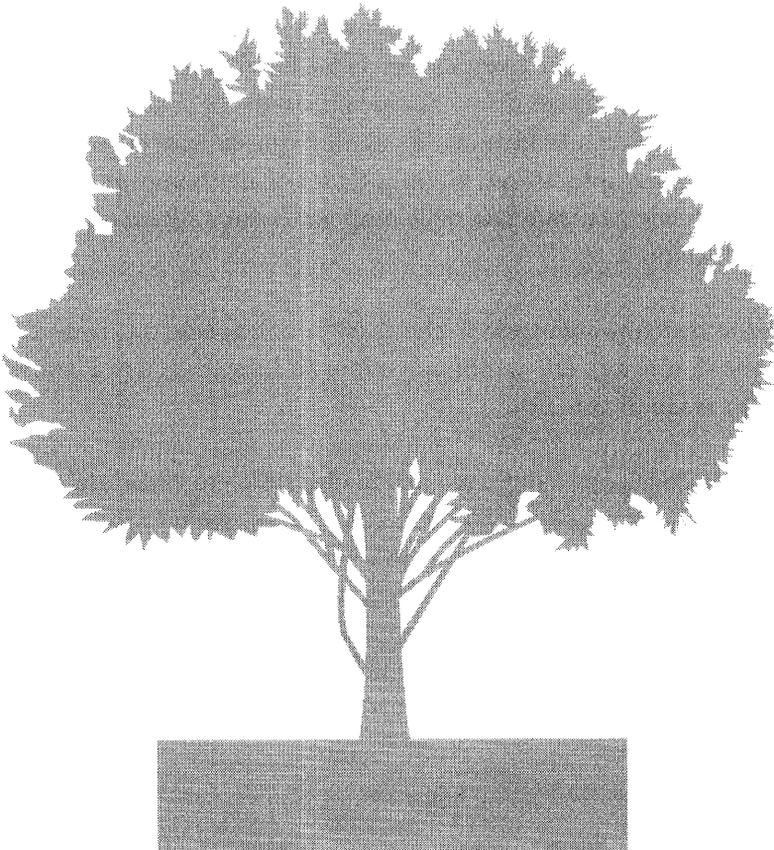
ética veremos que el hombre se hace perfecto y feliz por su actividad, por la consecución de ciertos accidentes que le dan su perfección.

Concluyamos diciendo que *el existir es la actualidad de todas las cosas*⁶³, es lo que todos los entes buscan y procuran conservar. Cada cual lo realiza a su modo y el modo cómo cada ente lo realiza es su esencia. Yo existo y existo como ser humano. Mi esencia, pues, limita mi existir a un modo determinado, diferente de cualquier otro. Si un ente es pleno, su existir no será limitado por ningún modo, por ninguna esencia; será un existir infinito, una actualidad pura, eterna.

63 Suma de Teología. I, q. 5, a. 1º.



CAPÍTULO XI
LA CAUSA DEL ENTE



2. TIPOS DE CAUSA

Ya Aristóteles determinó que había muchos tipos de causa que redujo a cuatro principales⁷³. Como tiene razón, nos limitaremos a ellas. Un análisis detallado de la cuestión nos llevaría muy lejos, limitémonos, pues, a breves notas.

Si queremos hacer zapatos, debemos comenzar por adquirir el cuero apropiado. Los zapatos, decimos, son de cuero. El cuero es la causa material. En efecto, sin ella, no habría zapatos. Descubrimos, pues, que muchas cosas dependen, en primer lugar, para existir, del material del que están hechos. El zapato, podemos agregar, existe en el cuero del que está hecho. Porque lo que realmente existe es el cuero, el zapato no es más que la organización o diseño que le hemos impreso. Por eso, siguiendo al Estagirita, definiremos la causa material como *aquello de lo que está hecho algo y en lo que existe*. Deben cumplirse ambas condiciones para que tengamos una verdadera causa material. Podríamos variar algo la definición y decir que es *aquello con lo que se hace algo*.

La causa material actúa como condición para la causa eficiente y la formal. Los zapatos serán del estilo -causa formal- que la causa eficiente determine; pero, al ser de tal cuero, sufrirán las limitaciones que éste les imponga. De él dependen, por ejemplo, el color, suavidad, flexibilidad del zapato. Si lo que queremos es calzar a una bailarina de ballet, recurriremos a algo liviano, flexible y con buena adhesión al suelo; si a un minero, buscaremos que sea resistente a golpes...

Como la causa material actúa como condición de la eficiente y formal, aunque realmente sea la que con su existir da existir al artefacto, puede llamarse material a lo que es mera condición. Por eso en la Escuela se forjó un nuevo concepto: *materia ex qua*, es decir, materia a partir de la cual deviene el efecto. Así, un niño es la materia de la que brota un adulto. Ciertamente un adulto no existe en un niño, pero deviene de un niño que lo condiciona en muchos aspectos. A la causa material propiamente dicha, la Escuela la llama *materia in qua*, es decir, materia en la cual existe el efecto. Es importante esta innovación porque nos permite comprender mejor muchas realidades. Así entendemos que el pasado es causa del presente y éste del futuro: causa material ex qua solamente, porque a partir de ellos se construye el nuevo tiempo y actúa sólo como condición del mismo.

73 Cfr. Metafísica Libro delta (quinto). Physica L.2.

La causa *formal* viene exigida por la explicación hilemórfica de la realidad. Sostuvimos que todos los entes corpóreos están compuestos de materia y forma. Son complejos, limitados y diferentes unos de otros. Los zapatos son de cuero, pero, ¿de qué estilo? ¿Línea italiana o española? Con el mismo trozo de cuero podemos hacer zapatos muy diferentes entre sí, incluso adaptarlos a diversas funciones. Hemos, pues, de desarrollar la forma óptima para lo que necesitamos. En este caso, la forma se identifica con el diseño del zapato. Éste es, pues, la causa *formal* del mismo.

Conviene distinguir. Las sustancias materiales están compuestas de formas sustanciales que les permiten existir. Normalmente el artesano se limita a construir un nuevo ente a partir de esas sustancias. Un automóvil es un agregado de muchísimas: hierro, goma, cobre y un largo etc. Por eso ya el Filósofo distinguió una *materia prima* de una *materia segunda*. Ésta son los cuerpos que los artesanos utilizan en sus creaciones. Son entes existentes que reciben una nueva conformación, forma accidental, para convertirse en artefactos. El cuero del zapato es materia segunda porque no es más que la piel de un animal debidamente preparada para su nueva función. Pero los elementos del universo también se distinguen entre sí, siendo todos ellos igualmente materiales. A la realidad básica de la que están hechos todos llamamos materia prima o primera. Como solo existen cuerpos completos, la materia prima no existe, sino que se limita a ser un aspecto de todo cuerpo: su sujeto existencial. Un cuerpo será ese aspecto más la organización que recibe esa materia y la distingue de cualquier otra. Ésta es hierro, aquélla es níquel. Por eso decimos que la materia prima y la forma sustancial son los aspectos sustantivos de todo ente corpóreo. En cambio, los artefactos usan como materia entes plenamente constituidos a los que se les añade una *forma accidental*. En cierto sentido, los entes artificiales creados por el hombre son meras remodelaciones de los entes naturales con los que son hechos. Muchas veces es bastante fácil separar esos entes, lo que solemos denominar, desarmar una máquina.

La causa formal, por lo tanto, designa a la organización o diseño que adopta la materia en un determinado ente. Es lo que *especifica*, es decir, determina su especie. Concepto muy usado en ciencias naturales donde clasificamos a los seres vivos por especies: zorro, gato, peumo, pino. Por ello, de la causa formal depende que un ente sea como es, posea tales y cuales propiedades que lo distinguen de los demás entes.

Podemos admirarnos de que los filósofos modernos recientemente mencionados, Hume y Kant, no sospecharan la complejidad de la causalidad. Hume se limitó únicamente a la eficiente y Kant agregó algunas

consideraciones relativas a la final. Sin embargo, en ambos echamos de menos un estudio pormenorizado de las causas que estamos estudiando. A decir verdad no se puede negar el carácter causal de todas ellas. Pensemos en cualquier arquitecto. Según la función del edificio que proyecta, elegirá cuidadosamente los materiales a emplear, causa material, y la forma o diseño que le dará, causa formal, de modo que cumpla óptimamente la misión que se le ha otorgado. Según estas causas, todo será diferente en la obra hecha: tamaño, figura, resistencia, belleza, distribución, etc.

Sin arquitecto, ni la forma ni la materia serán causas. Se necesita, pues, la causa *eficiente*, que el Filósofo define como *aquéllo de donde proviene el cambio y el reposo*⁷⁴. Como para el Estagirita todo era eterno, la causa eficiente se limita a producir un cambio, a iniciar un movimiento para hacer aparecer un nuevo ente o un nuevo aspecto en él. Así actúa el zapatero, por ejemplo, ya que el cuero existía antes de hacerse zapato, y el arquitecto que se limita a unir ciertos materiales según el proyecto que tiene en mente. Santo Tomás revolucionó toda la metafísica al descubrir que lo realmente primero era el hecho de existir y que este acto no pertenecía a la esencia sino que le era dado desde el exterior, para decirlo de alguna manera. Por eso ya no le satisface enteramente la definición del Filósofo. Prefiere decir que la causa eficiente es la que con su acción produce el ser del efecto, siendo la creación el modo más perfecto de actuar una causa eficiente. De ella, haya movimiento o no, depende el acto de existir del efecto. Si nos limitamos a las causas eficientes humanas, éstas actúan moviéndose y usan entes ya existentes para producir sus efectos. Pero no es necesario que todas se muevan. Cuando estudiemos el acto creador comprenderemos que allí no hay movimiento alguno porque hay un comenzar absoluto sin un paso de una situación a otra.

Hemos de distinguir el *instrumento* de lo que es realmente una causa eficiente que, por ello, la llamaremos *principal*. Aquél actúa únicamente gracias al influjo que recibe de la principal. Gracias a ello logra producir un efecto muy superior a lo que realmente es capaz de hacer. Todo pincel puede aplicar color en una tela, pero, cuando la causa principal es Velásquez, el resultado es maravilloso.

Nos queda por ver la más noble de todas las causas, inexplicablemente olvidada por los científicos contemporáneos. ¿Por qué razón el arquitecto construye la casa y el zapatero hace zapatos? La causa eficiente necesita un *motivo* que justifique su accionar, que la saque de su pasividad. Con otras palabras, todo ente se convierte en causa eficiente si hay un motivo que lo

74 *Ibíd.* 1013a30.

justifique. Nadie lo discute cuando actúa un hombre libremente. ¿Será igual en el mundo material, ya sea el orgánico o el inorgánico? Aristóteles impondrá en Grecia esta visión, desalojando de la cultura helénica el mecanicismo de los primeros filósofos. Hoy, por el contrario, ha regresado el mecanicismo y se niega la visión aristotélica. ¡Y algunos creen que ha habido un progreso!

La resurrección de la antigua interpretación de la naturaleza se debe, entre otros, a Descartes. En su mente matemática no cabían más que las figuras y el movimiento. Y como la causa eficiente basta para explicar el movimiento, no había que pensar en nada más. Con lo que regresamos a la concepción anterior al siglo de oro de la filosofía helénica. Hume confirma esta visión y Kant limitó el concepto causa a la eficiencia, relegando la causa final, que de ella estamos hablando, a una necesidad subjetiva del hombre, sobretodo si se trata de pensar en los seres vivos. De todos modos, si conociésemos la causa eficiente en los seres vivos, abandonaríamos la final⁷⁵.

Al *motivo* que mencionábamos más arriba, se la llama, en metafísica, *causa final*. Se la llama así porque es el fin intentado por el agente: *aquello por lo que hace algo*. Comprendida así la realidad, elaboramos el siguiente principio evidente por sí mismo: *todo agente obra por un fin*. De no haber fin, tampoco habría agente. Es preciso advertir que esto no se refiere únicamente al hombre, sino a toda causa eficiente. Santo Tomás nos da innumerables argumentos para hacernos comprender que siempre, sea inteligente o no, el agente obra por un fin. La diferencia radica en que el inteligente conoce el fin y se determina a sí mismo en virtud de ese conocimiento; en cambio, el que no lo es no lo conoce y es determinado por otro que sí lo conoce. La flecha alcanza el blanco, no porque lo sepa, sino porque el arquero la dirige a él. Entre sus muchos argumentos, entresacamos el siguiente:

*Si el agente no tendiera a un efecto determinado, todos los efectos le serían indiferentes. Pero lo que es indiferente ante muchas cosas, no realiza ésta en vez de aquella, por lo que no se seguiría ningún efecto a menos que sea determinado por algo*⁷⁶.

Ese algo que determina al agente es el fin. La existencia de fines produce el orden ya que éste se define como la *correcta disposición de las partes según el fin*⁷⁷. En consecuencia, si no hay fin no hay orden. ¿Hay alguien que no se

75 Crítica del Juicio. Introducción, IV-V.

76 Suma contra los Gentiles, libro III, c. 2 ad Si agens non.

77 Santiago María Ramírez O.P. ha escrito un libro óptimo sobre esta materia: De Ordine Salamnticae. 1963.

maraville ante el orden universal? No importa que los entes inorgánicos no lo conozcan, tampoco lo conocen las bestias; desde el momento que lo hay, hay fin. En definitiva, algo está ordenado, sea lo que sea, si está bien dispuesto según el fin.

De este modo comprendemos que no es lícito lo que hacen algunos filósofos modernos: negar la finalidad porque, a su juicio, basta la eficiencia. Curiosamente, esta actitud dio origen a la peregrina idea de que la naturaleza se rige por leyes. Estas *leyes de la naturaleza* fueron concebidas como infalibles, inmutables, eternas. Peor aún, fueron asimiladas a las causas eficientes y permitieron explicar el orden. En estos últimos tiempos, tal concepción está siendo abandonada, aunque la expresión se mantenga. Las leyes ya no son causas eficientes ni ordenan al universo; no son más que constantes estadísticas.

La expresión *leyes de la naturaleza* no es adecuada. Porque toda ley es dictada por una inteligencia para que sea obedecida por otras inteligencias y así ordenen su actividad según la voluntad del jefe. Es un concepto tomado de la política y de la moral que no se adecua a la actividad inconsciente de los seres inorgánicos y de muchos de los orgánicos. El abandono de la noción de esencia ha traído este curioso lenguaje.

Tampoco hemos de pensar en que los entes naturales sean inteligentes. No lo son. El científico ha de limitarse a comprobar que hay un orden y dejar al metafísico que busque la explicación que sale del objeto formal propio de las ciencias experimentales. El metafísico, partiendo de su experiencia interna, sabe que el fin es lo primero en la intención y lo último en la ejecución. Por eso aparece como efecto de la acción del agente, a pesar de haber sido, previamente, causa de esa acción. Explicamos, así, que la causa de que la flecha alcance el blanco está en la causa eficiente, el arquero; pero la causa de que el arquero dispare la flecha es su deseo de dar en el blanco. ¿Podemos extender esta realidad a todo el universo? El orden es patente y no es fruto del azar.

En última instancia, lo que está en juego es una pregunta fundamental, como todas las que se hace el metafísico: ¿El estado actual del universo revela la presencia de una inteligencia? A partir de la visión mecanicista de la naturaleza se empezó a abrir camino una suerte de prescindencia respecto de este tema, para, a partir del siglo XVIII, pronunciarse por la negativa. Esta manera de entender la realidad se hizo mayoritaria entre los científicos en el siglo XIX. Hoy, en cambio, la física teórica nos llama la atención sobre el *genio matemático* que manifiesta el universo. Por lo ya estudiado, comprendemos que las matemáticas, por situarse en el segundo grado de penetración en la

experiencia sensible, revelan la presencia de una inteligencia bastante superior a dicha experiencia e, incluso, independiente de ella. Por supuesto que toda inteligencia lo es, pero estas características son más notorias en este ámbito y más aun en el tercero. Por eso los materialistas han sido decididos adversarios de este tercer grado, es decir, de la metafísica, a la que procuran descalificar a fin de no pensar en la evidencia de la presencia del espíritu.

78 Metafísica, libro alfa minúscula (2), c.2.